

daba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el día de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota, y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimesmo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniere, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el día de su partida, tan alegre para Don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrechez de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesario que le pareció, y al despedirse dijo Don Quijote á Don Lorenzo:—No sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho, lo vuelvo á decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa, sino dejar á una parte la senda de la poesía algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó Don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió diciendo:—Sabe Dios, si quisiera llevar conmigo, al señor Don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sugetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anexas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, solo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno que por el propio: porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, Don Quijote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partieron.

## CAPÍTULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

**P**OCO trecho se habia alongado Don Quijote del lugar de Don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia, como en portamanteo, en un lienzo de bocací verde envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate, el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande donde las habian comprado y las llevaban á su aldea: y así estudiantes como labradores cayeron en la mesma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quijote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo, y para obligarlos, en breves razones les dijo quien era y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dijoles que se llamaba de nombre propio Don Quijote de la Mancha, y por el apelativo *el Caballero de los Leones*. Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en gerigonza<sup>1</sup>; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de Don Quijote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo:—Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que

<sup>1</sup> Voz nebraico-griega, que significa *lengua de advenedizos* ó extranjeros, y como lo son los gitanos, se llama *gerigonza* su lengua particular, ó su *germania*.



buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle Don Quijote, si eran de algun príncipe, que así las ponderaba.—No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora: él el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer, es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo, si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene así mesmo maheridas danzas, así de espadas<sup>1</sup> como de cascabel menudo<sup>2</sup>, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por estremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á sus deseos con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia, y por quitarse de andar rezeloso y lleno de

<sup>1</sup> Esta danza (dice Mateo Aleman en su *Guzman de Alfarache*, tomo I, lib. 2, cap. 7) se usa en el reino de Toledo, y dánzanla en camisa y en gregüescos de lienzo, con unos tocadores en la cabeza, y traen espadas blancas, y hacen con ellas grandes vueltas y revueltas, y una mudanza que llaman la *degollada*, porque cercan el cuello del que los guía con las espadas, y cuando parece que se la van á cortar por todas partes, se les escurre de entre ellas.

<sup>2</sup> Los danzantes (segun se dice en el *Tesoro de Covarrubias*) en las fiestas y regocijos se ponen sartales de cascabeles en los jarretes de las piernas, y los mueven al son del instrumento.

sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza, pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el mas ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado.—Por esa sola gracia, dijo á esta sazón Don Quijote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.—A mi muger con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces habia ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno se case con su igual, ateniéndose al refrán que dice: Cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es, que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren.—Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitárase la eleccion y jurisdiccion á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben: y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento tan necesarios para escoger estado: y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viage largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino, busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propia muger no es mercaduría que una vez comprada se vuelve, ó se trueca, ó cambia, porque es accidente inseparable que dura lo que dura la vida: es un lazo que, si una vez le echais al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbaba el deseo que tengo de saber si le queda mas que decir al señor licenciado acerca de la historia



de Basilio.—A lo que respondió el estudiante, bachiller, ó licenciado, como le llamó Don Quijote, que de todo no le quedaba mas que decir, sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reír, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto: mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos, que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte.—Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios que da la llaga da la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol todo á un mismo punto: tal se acuesta sano la noche que no se puede mover otro día. Y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre el sí y el no de la muger no me atrevería yo á poner una punta de alfiler, porque no cabría: dénme á mí que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura, que el amor, según yo he oído decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas.—¿Adónde vas á parar, Sancho? que seas maldito, dijo Don Quijote, que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Júdas que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?—O, pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos.—Fiscal has de decir, dijo Don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.—No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí que, válgame Dios, no hay para que obligar al sayagües á que hable como el toledano, y tole-

danos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.—Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las tenerías y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picárades más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevarédes el primero en licencias, como llevastes cola.—Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estais en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana.—Para mí no es opinión, sino verdad asentada, replicó Corchuelo, y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compas de piés, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de hacerlos ver estrellas á medio día con mi destreza moderna y zafia, en quien espero después de Dios que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra.—En eso de volver ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro<sup>1</sup>, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pié, allí os abriesen la sepultura: quiero decir que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza.—Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo.—No ha de ser así, dijo á este instante Don Quijote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión: y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino, á tiempo que ya el licenciado con gentil donaire de cuerpo y compas de piés, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento sin apearse de sus pollinas, sirvieron de

<sup>1</sup> Como substantivo significa el que es hábil en las armas ó en la esgrima.



aspetadores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo, eran sin número, mas espesas que hígado y mas menudas que granizo. Arremetia como un leon irritado, pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenia y se la hacia besar, como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente, el licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traia vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de pulpo: derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió despues por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dijo:—Mia fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros, he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.—Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la esperiencia la verdad, de quien tan lejos estaba: y levantándose abrazó al licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no quisieron esperar al escribano que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho, y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fué contando el licenciado las escelencias de la espada, con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido, pero antes que llegasen les pareció á todos, que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimesmo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas, y cuando llegaron cerca, vieron que los árboles de una enramada, que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entonces no soplabá, sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las





hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas, que se habían de hacer en aquel lugar dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote, aunque se lo pidieron, así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo ó casa de Don Diego.

